

Pedro Olalla, *Palabras del Egeo: el mar, la lengua griega y los albores de la civilización*

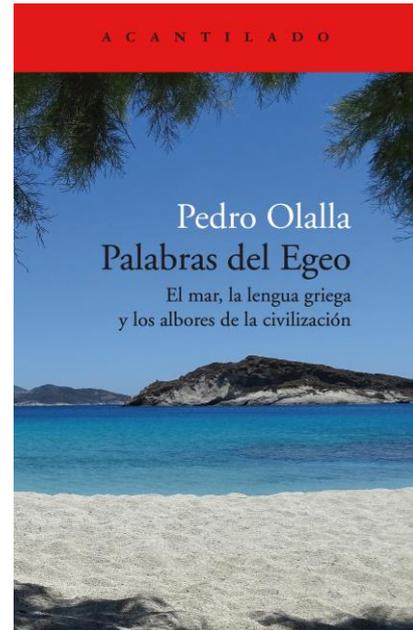
Barcelona, Acantilado, 2022, 400 pp.

Juan Villazón Vallina

Palabras del Egeo es un libro tan importante que sorprende lo poco que, de momento, se ha hablado de él y la escasa repercusión que ha tenido entre los historiadores profesionales. Y es que, pese a su estilo literario, *Palabras del Egeo* es un libro de historia en el sentido más estricto de la palabra, y las tesis que en él defiende Pedro Olalla son de una novedad y una audacia tales que exigen ser consideradas atentamente.

El libro se divide en once capítulos, formando la cuenta regresiva de los días que quedan para que regrese de un viaje el hijo del narrador, desde el diez hasta el cero. En cada uno de ellos, Olalla anota en un diario cosas que contarle a su hijo cuando llegue. Así, mediante este artificio artístico, cuyos méritos poéticos justificarían ya sobradamente la lectura del libro, Olalla expone una serie de ideas completamente novedosas sobre las civilizaciones del Egeo y, en general, sobre el periodo Neolítico. En ellas, y sobre todo en la cantidad de reliquias arqueológicas, genéticas, lingüísticas, etimológicas, astronómicas... y el sinnúmero de estudios historiográficos con que las apoya, radica el interés central del libro.

El primer capítulo, introductorio, está dedicado a estudiar etimológicamente algunas palabras de la lengua griega. Todo él gira alrededor de dos ideas centrales que el autor toma del *Crátilo* platónico: que el lenguaje consiste, en su origen, en la imitación del mundo a través de la voz, y que los verbos recogen el mensaje intuitivo de un gesto. Así, por ejemplo, señala como ἅλς, [hals], uno de los primeros nombres con los que la lengua griega llamó al mar, recoge el sonido del romper de las olas. Explica también como λόγος [logos] («pensar», «contar», «decir», «calcular», y también «pensamiento», «palabra», «discurso», «razón», «causa»), procede de una antiquísima



raíz *LEG*, que expresa la idea de ‘recoger’, ‘juntar’, ‘coger’. Estas ideas son, precisamente, lo que tienen en común todos los significados de la palabra *λόγος*, y la raíz que las expresa está, aún hoy, presente en palabras españolas como «colegir» (ir uniendo hasta componer un pensamiento), en «leer» (ir uniendo letras) o en «inteligencia» (escoger entre opciones, *inter legere*).

Tras esta introducción, Olalla entra directamente en materia. En el capítulo segundo critica la idea, implantada casi dogmáticamente en la historiografía, del origen de la civilización en el Creciente Fértil: esta habría comenzado alrededor del Éufrates y el Tigris y, desde ahí se habría expandido hacia la cuenca del Mediterráneo. Olalla señala que, para los autores que defienden la teoría del Creciente Fértil y el tópico historiográfico del *ex oriente lux*, las civilizaciones minoica, micénica y cicládica del Egeo, contemporáneas a las mesopotámicas y egipcia, son, en todo caso, pre-griegas, que lo griego llega después, abruptamente y desde fuera del Egeo. Olalla señala que esta idea es ya muy antigua. Desde Schliemann hasta el desciframiento del lineal B, Grecia empezaba con Homero, y todo lo anterior era, simplemente, «pre-griego». Ni siquiera cuando, gracias a los trabajos de Chadwick y Ventris, se descubrió que la escritura lineal B transcribía palabras griegas se avanzó mucho: simplemente se retrotrajo el inicio de lo griego a la escritura lineal B, quedando la etiqueta de «pre-griego» para todo lo anterior. La tesis que él defiende es, naturalmente, la contraria, la de la continuidad e interrelación entre las civilizaciones del Egeo y el mundo griego posterior.

En defensa de esta idea, Olalla va enumerando toda una serie de estudios recientes que muestran, cada vez más a las claras, que los minoicos y micénicos constituían civilizaciones mucho más complejas y desarrolladas de lo que hasta ahora se creía. Dominaban la técnica de la navegación, y la usaban para comerciar con facilidad por todo el Mediterráneo. Y, precisamente por ello, desarrollaron una astronomía técnica que, ya en el tercer milenio antes de Cristo, permitía a los minoicos calcular latitud y longitud, y disponer de un calendario lunisolar preciso, a la vez, si no antes, que los egipcios y mesopotámicos. Asimismo, tenemos constancia de que en el segundo milenio los minoicos conocían la diferencia entre el año sidereal y el tropical, y disponían de un calendario adecuado en un 99,9997% a ambos.

Partiendo de toda esta evidencia náutica y astronómica, Olalla pone sobre la mesa la idea de que los micénicos, algo posteriores a los minoicos, pudieron haber llegado nada menos que hasta Escandinavia, en busca de las que aún hoy son algunas de las mejores minas de plata de Europa. Y es que han aparecido restos minoicos allí, y también en España, Asia Menor, el Levante, el Cáucaso, las costas de los mares Negro y Báltico, incluso en Baviera, en el corazón del continente europeo. Y no sólo eso, sino que, además, la civilización micénica habría llegado hasta Inglaterra, en busca de estaño. En 2019 se pudo determinar que un lingote de estaño inequívocamente micénico procedía, precisamente, de Cornualles. Por ello, cada vez está más claro que los navegantes de Micenas no limitaban sus operaciones al Egeo, ni siquiera al Mediterráneo. Pasaban los Dardanelos, e incluso el estrecho de Gibraltar, en expediciones comerciales regulares, y se movían por el canal de la Mancha y el Mar del Norte con toda confianza.

Lo que a mi juicio concede al libro de Olalla un valor e interés realmente impresionantes es, de hecho, esta constante referencia a *reliquias* arqueológicas de tipo fisicalista, en el sentido en que las entiende Gustavo Bueno en su gnoseología de la historia. Tales reliquias son lo que obliga a considerar con seriedad ideas que, de otro modo, nos parecerían puras ficciones, «imaginación desordenada», por decirlo con Kant. Pero Olalla no se detiene ahí, sino que recoge también los resultados de estudios genéticos, que dan cuenta todavía hoy de los viajes de los pueblos del Egeo. El haplogrupo X2, característico de los habitantes del Egeo, es hoy muy prevalente, señala, ¡en las islas Orcadas!, es decir, en el norte de Escocia.

Pero, sin duda, la tesis más sorprendente que Olalla ofrece en el libro es la de los posibles viajes a América de la civilización micénica en el segundo milenio antes de Cristo. Aquí Olalla toma como primera referencia un relato de Plutarco, por el cual, cada treinta años, cuando el planeta Saturno alcanza la constelación de Tauro, empezaban los preparativos para un viaje desde Creta hasta la isla de Terranova. La ida se hacía por el norte del Atlántico, siguiendo las corrientes que, en el año 1000, llevaron también a América a los vikingos. La vuelta tenía lugar por el sur, siguiendo la corriente del golfo. Esta historia, verdaderamente increíble a primera vista, tiene también respaldo arqueológico fisicalista. En el lago Superior se encontraban entonces algunas de las mejores minas de cobre del planeta, y hay evidencia de que han sido

explotadas desde la Edad de Bronce. Sin embargo, no pueden haberlo hecho los pueblos nativos americanos, por el estado tecnológico en que se encontraban. ¿Quién, entonces, extraía cobre de los grandes lagos en el segundo milenio antes de Cristo? La respuesta a tal pregunta empieza a dibujarse al considerar que, en los últimos años, han aparecido en la zona un medallón de estilo claramente micénico, y herramientas endurecidas con zinc, tal y como acostumbraban a fabricarlas en Micenas. No sólo eso, sino que, en yacimientos arqueológicos micénicos se han encontrado lingotes de cobre de una pureza tal que, según Olalla, sólo pueden haber salido de las minas del lago Superior. Y, por último, el ya mencionado haplogrupo X2 se extiende por América en un círculo que tiene como centro la zona de los grandes lagos. De nuevo, todo ello obliga a considerar muy seriamente las tesis de Olalla, por increíbles y novedosas que parezcan.

Además, en apoyo de estas ideas, y del alto grado de desarrollo que Olalla trata de defender para las civilizaciones del Egeo, señala como, hace veintidós siglos, Crates de Malos, primer geógrafo en representar la Tierra como una esfera, habla ya del Polo Sur y del Trópico de Capricornio. En las *Argonáuticas* se dice que, llegado un momento en la navegación, la Osa Mayor había declinado, algo que sólo se puede observar por debajo del Ecuador. Y Diógenes avisa a Alejandro, con toda naturalidad, de que no será buen rey si antes no es buen hombre, aunque conquiste «cruzando el Océano, un continente mayor que Asia». Finalmente, Olalla cita a Árato y la descripción de los cielos que este hace en sus *Fenómenos*, a partir de fuentes antiguas. Hoy se ha podido determinar que el cielo nocturno que describe Árato corresponde al observado hacia el año 1900 a. C, desde una latitud de 36º, es decir, no desde Egipto o Mesopotamia, sino desde Creta. Con todo ello, Olalla busca defender la idea de que minoicos y micénicos disponían de un conocimiento náutico y astronómico impresionante, y que, de alguna manera, este se perdió con el paso de los siglos, quedando sólo retazos como los ya citados, en los mitos y la tradición oral.

Ya hacia la mitad de la obra, Olalla continúa poniendo en cuestión dogmas historiográficos, esta vez en relación con la agricultura, la navegación y la «revolución neolítica». Considera que, en el Egeo, formas muy primitivas de navegación son anteriores a la agricultura, que la «revolución neolítica» no fue tal, sino, al contrario, un proceso lento y progresivo, que se da en el Egeo antes que en Egipto y

Mesopotamia, que la evidencia genética de que disponemos muestra que las migraciones se produjeron del Egeo hacia afuera, y no al revés, etcétera.

Este último asunto, el de las migraciones, es especialmente relevante, pues con él Olalla se enfrenta a la «teoría de los indoeuropeos». Según esta, los indoeuropeos, un supuesto pueblo que no ha dejado resto arqueológico identificable alguno, y que hablaba una lengua enteramente reconstruida en las facultades de filología, originarios de las estepas al norte del Cáucaso, habría migrado hasta el Egeo, entre otros lugares, y una vez allí, mezclándose con el elemento «pre-griego», dado origen a lo ya propiamente griego. En general, toda la evidencia de que disponemos apunta en la dirección contraria, indicando que fueron los habitantes del Egeo los que migraron, llevando consigo el conocimiento de la agricultura y la navegación. Y de ello hay también memoria en los mitos griegos, que narran los viajes de Dionisio, Ógigo o Ío y su linaje.

Estas son sólo algunas de las ideas propuestas y defendidas por Olalla en su obra. Recogerlas todas haría que el presente trabajo perdiera su carácter de reseña y encarecida invitación a la lectura. A modo de conclusión, es necesario resaltar una vez más la importancia crítica de este libro. El autor pone en cuestión tal cantidad de dogmas historiográficos, tan firmemente asentados, y lo hace con una exhaustividad, rigor y documentación bibliográfica que se puede decir, a mi juicio, que no considerar esta obra invalida automáticamente cualquier trabajo relacionado con los temas que en ella se tratan.

Finalmente, quiero destacar el papel de Olalla como introductor en España de los estudios que los griegos hacen sobre su propia historia. Muchas de las investigaciones más importantes a las que se refiere en su obra son producto del trabajo de arqueólogos, historiadores o filólogos griegos, que están en la vanguardia mundial en lo que a investigaciones sobre su patria se refiere. Tales obras, en algunos casos importantísimas, muy rara vez salen del ámbito grecoparlante, quedando, por tanto, circunscritas al estrechísimo ámbito de los quince millones de personas que en el mundo hablan griego. Esto lleva inevitablemente a su desconocimiento general fuera de Grecia. Olalla, al verter esas investigaciones a la plataforma que provee el español, las hace accesibles a cientos de millones de personas en los cinco continentes y, en ese sentido, desempeña él solo un papel de un valor incalculable para las investigaciones

sobre Grecia. Gracias a él, los hablantes de español empezamos a tener acceso a los estudios griegos, y disponemos de una oportunidad histórica para ponernos a la vanguardia de la investigación sobre el pasado de Grecia, el cual, como muestra Olalla en su obra, es también pasado común de todos.